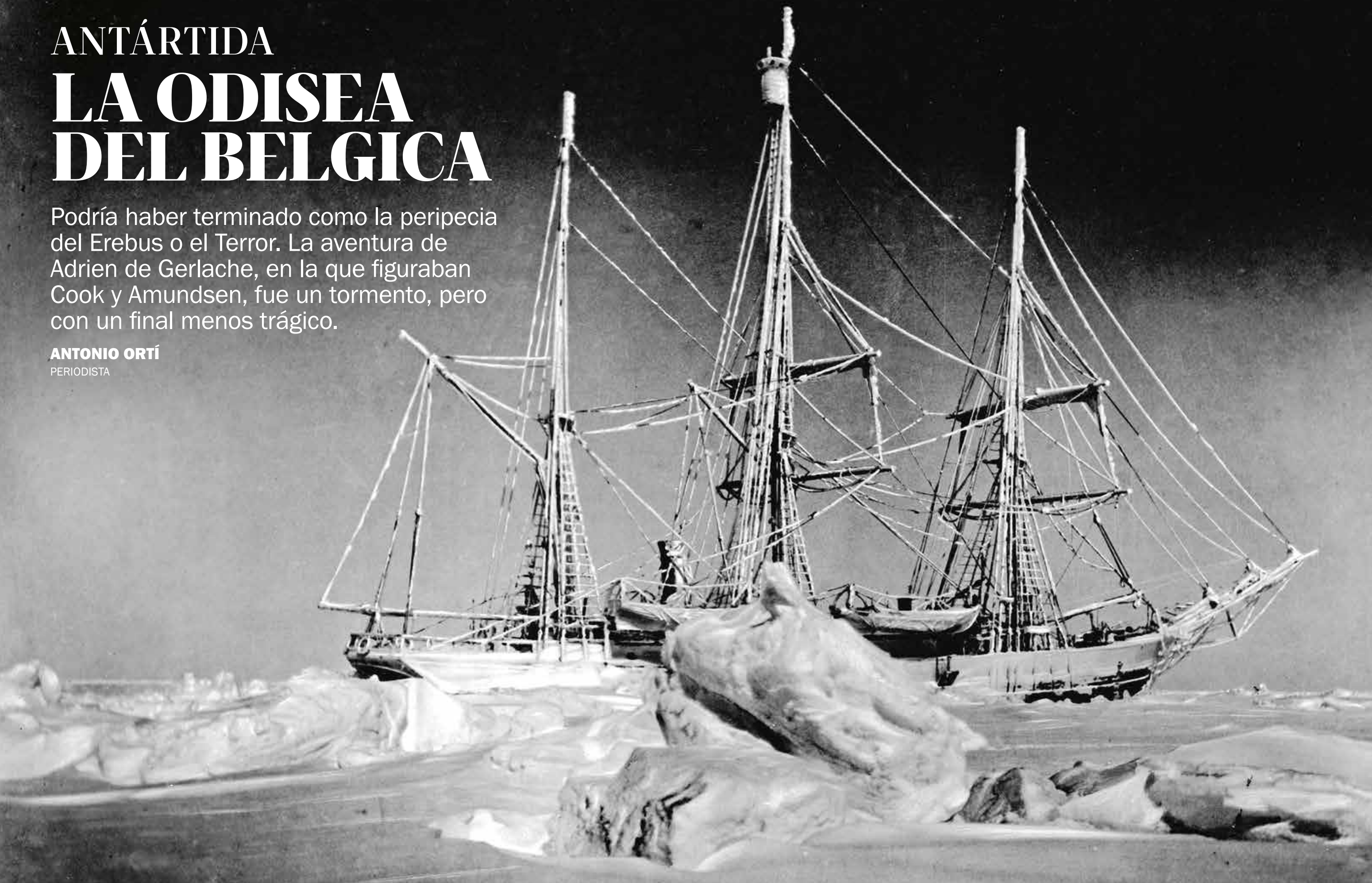


ANTÁRTIDA LA ODISEA DEL BELGICA

Podría haber terminado como la peripecia del Erebus o el Terror. La aventura de Adrien de Gerlache, en la que figuraban Cook y Amundsen, fue un tormento, pero con un final menos trágico.

ANTONIO ORTÍ
PERIODISTA





© Colección de la familia de Gerlache.



© Museo Folio.



© Colección Limburgensia. Biblioteca Hasselt Limburg.



© Colección Limburgensia. Biblioteca Hasselt Limburg.

En el sentido de las agujas del reloj, desde arriba a la izquierda, Adrien de Gerlache de Gomery, Frederick Albert Cook, Georges Lecoq y Roald Amundsen.



Abajo, material de acampada y de expedición en trineo y tienda diseñada por Cook.

© Biblioteca Nacional de Noruega.

En la pág. anterior, foto de Cook, tomada bajo la luz de la luna el 3 de junio de 1898.

© Colección de la familia de Gerlache.



fo estadounidense Frederick Cook, quien luego caería en desgracia. El objetivo de Adrien de Gerlache al dirigirse al Polo Sur era colmar de gloria a su joven país, en una época de fervor nacionalista. Pero sus planes se torcieron rápidamente, pues, tras varios contratiempos, tuvo que decidir entre dos malas opciones: dar marcha atrás derrotado, y ahorrar a sus hombres el devastador invierno antártico, o perseguir temerariamente la fama adentrándose en sus gélidas aguas. De Gerlache decidió seguir navegando hacia el sur, y pronto el barco quedó atrapado en el mar de Bellingshausen. Cuando el sol se puso por última vez, los tripulantes del barco quedaron condenados a meses de noche interminable. De la oscuridad empezaron a emerger monstruosas masas blancas, algunas más altas que los mástiles del barco, que a veces colisionaban entre ellas, como una bestia antártica. Cuando el *chuf-chuf-chuf*

del motor de vapor del Belgica dejó de sortear los icebergs, la embarcación se acomodó entre el hielo y la nieve, ante una cacofonía de sonidos desconocidos: el rudo *ka-a-ah, ka-a-ah* de los pingüinos, las salpicaduras de las focas y los reclamos infantiles de las crías en las rocas. Bajo una luz de cuento de hadas, los tripulantes quedaron atrapados en la banquisa polar, en un territorio en constante movimiento. En este Sahara blanco, el Belgica dejó de ser un barco funcional para convertirse en un simple refugio. “Ya no somos navegantes, sino una colonia de prisioneros que cumple condena”, escribió De Gerlache. “El infierno es un lugar muy frío”, escribiría, por su parte, Cook. La principal lección que impartiría el viaje del Belgica es hasta qué punto el frío y la oscuridad pueden arrasar el alma humana. Tanto es así que, muchos años después, la NASA estudió a fondo la expedición para adiestrar a los astronautas

acerca de los peligros fisiológicos y psicológicos de una noche sin fin. El objetivo de la expedición belga era encontrar el polo sur magnético o, en su defecto, avanzar lo más al sur posible, pero lo que hallaron fue un sudario blanco repleto de cuentas pendientes. De entrada, la escasa tradición naval de Bélgica obligó a enrollar a marineros de muchas nacionalidades, lo que provocó que en el barco se hablara holandés, francés, noruego, alemán, polaco, inglés e incluso latín. Por otro lado, conforme los días se acortaron, se convirtieron en noches interminables. La oscuridad y el alcohol provocaron peleas y alucinaciones. En un momento dado, De Gerlache, por ejemplo, creyó estar convencido de ver “una ciudad junto al mar”, con su faro.

Descenso a la locura

Poco a poco, la tripulación colapsó mentalmente. Los marineros daban a diario

“los paseos de los locos” (como los llamó en su diario un tripulante), entre latas de conserva y restos de sangre de las focas y pingüinos enterrados junto a la embarcación en previsión del oscuro e inabarcable invierno, cuando la banquisa queda sin vida. Cualquier cosa que pudo haber salido mal salió mal. Los explosivos para romper el hielo no funcionaron cuando más falta hacían. Los trajes de piel de lobo que recomendó el mítico explorador noruego Fridtjof Nansen tenían el defecto de la falta de ventilación, por lo que al enfriarse el sudor generaban frío. Las ratas que vivían en la bodega del barco, lejos de morir en la Antártida, proliferaron; todavía más cuando Nansen, el único gato del ballenero (a Sverdrup parece que lo lanzaron por la borda...), dejó de mostrar interés por los roedores y se sumió en la apatía. Según recogieron en sus diarios varios tripulantes, las ratas se volvieron en la larga noche polar mu-

En agosto de 1897, el joven comandante belga Adrien de Gerlache partió a bordo del barco Belgica hacia una de las pocas zonas en blanco que quedaban todavía por descubrir en los mapamundis: el continente helado de la Antártida. Cuando su barco ballenero, de 34 metros de eslora y tres palos, pudo escapar de la banquisa antártica y regresó a Punta Arenas (Chile) el 28 de marzo de 1899, casi dos años más tarde, muchos consideraron que su aventura estaba a la altura de las grandes gestas polares. Hasta entonces, nadie había pasado una sola noche allí. Desde que se divisara por primera vez en 1820, el puñado de exploradores, balleneros y cazadores de focas que se habían aventurado hasta esas latitudes solo habían esbozado algunos contornos del litoral antártico. No se sabía si más allá de la costa había aguas abiertas, un

océano de hielo o un continente sólido, y lo quiso desvelar una expedición belga, tal vez para conmemorar que el país se había independizado de los Países Bajos solamente 67 años antes. En 2021, Julian Sancton publicó *Un manicomio en el fin del mundo*, y la obra se convirtió en un *best seller*. La misión del Belgica es una de las mejor documentadas de la edad heroica de la exploración, pues de los diecinueve hombres que pusieron rumbo a las heladas aguas del mar de Bellingshausen, once escribieron diarios muy detallados. Visto así, el viaje del Belgica es el sueño de cualquier historiador, gracias a la abundancia de fuentes primarias. Por si fuera poco, entre los tripulantes (y los dos gatos, Nansen y Sverdrup) que viajaban a bordo del Belgica figuraban, además del audaz Adrien de Gerlache, el inigualable explorador polar noruego Roald Amundsen y el también explorador polar y etnógra-

cho más activas. Por si fuera poco, se comieron los trajes de expedición de invierno. No pudieron ser desalojadas hasta que el navío retornó a Bélgica.

La guinda fue el escorbuto. Cook lo había conocido durante el invierno que pasó en Groenlandia. En su opinión, el factor clave era la falta de sol. Para paliarlo, ordenó a los más enfermos que se quitaran la ropa y se colocaran frente a las llamas de un fuego para paliar con este “horneado” la falta de sol. Su experimento es el primer ejemplo conocido de terapia lumínica. Pero los beneficios no fueron tanto por la acción directa de la luz como por la sensación de los marineros de estar siendo cuidados. No obstante, ello no fue suficiente para afrontar los síntomas físicos que padecía la práctica totalidad de la tripulación: letargia, debilidad muscular, anemia, piel cerúlea, mal aliento, piel agrietada en la que solían abrirse llagas y heridas, problemas cardíacos...

A finales del siglo XIX, tras acabar con la vida de dos millones de marineros desde la época de Colón, se suponía que el escorbuto había desaparecido. Fue, con mucha diferencia, la causa de muerte más habitual durante la era de la navegación a vela. Llegó incluso a considerarse como el precio a pagar en toda empresa transoceánica, y obligó a las marinas militares y mercantes a reclutar más hombres de los necesarios, pues se asumía que un alto porcentaje fallecerían por el camino. “Había mil remedios para el escorbuto”, escribió Cook, lo que significaba, en realidad, que no se sabía lo suficiente. Aunque se creía que el escorbuto era fruto de todo tipo de causas, los médicos más perspicaces se dieron cuenta de que la enfermedad se manifestaba únicamente cuando se agotaban las reservas de verdura, fruta fresca, carne y chucrut. Fue así como James Lind, un joven cirujano, demostró en 1741 que las naranjas y limones eran mano de santo gracias a su contenido en vitamina C.

El problema es que el Belgica sustituyó las naranjas y limones del Mediterráneo por limas de las Indias Occidentales, más baratas y menos eficaces. El hecho de tratarse de zumo concentrado le restaba propiedades, por lo que Cook se vio obligado a improvisar. Recordó que durante la época que pasó con los inuits en Groen-

Los tripulantes despejan el camino que creían que les permitiría escapar del hielo.

© Biblioteca del Congreso. Frederick A. Cook Society.

Abajo, Ludvig Johansen tocando el acordeón y Adam Tollefsen sentado a la mesa. Los otros tres hombres son Jules Melaerts, Antoni Dobrowolski y Johan Koren.

© Colección de la familia de Gerlache.

Abajo a la dcha., el segundo ingeniero Max van Rysselberghe funde nieve para obtener agua potable bajo el refugio construido en el centro del barco.

© Colección de la familia de Gerlache.



De izqda. a dcha., De Gerlache, Cook y Adam Tollefsen (quien enloqueció durante el aislamiento) a su llegada a Bélgica, con la cara hinchada por el escorbuto.

© Colección de la familia de Gerlache (izqda.). © Biblioteca Nacional de Noruega (centro y dcha.).



landia, durante el invierno de 1891-92, no observó en ellos ningún síntoma. Así que supuso que su dieta, basada casi exclusivamente en grasa y carne de cetáceo fresca (o congelada y descongelada), a menudo cruda, les bastaba para evitar la enfermedad. Siguiendo la tradición culinaria de los inuits, recomendó a la tripulación ingerir las tajadas de pingüino tan poco hechas como pudieran soportar. A él le gustaba sellarlas ligeramente; Amundsen las engullía completamente crudas y las encontraba deliciosas, pese a su sabor rancio y sanguinolento.

Un año atroz

Es difícil resumir las peripecias que soportaron los diecisiete tripulantes del Belgica (pues dos marineros se dejaron la vida por el camino y otro se volvió loco y acechaba a la tripulación escondiéndose) en la monotonía letárgica de la banquisa. En cada rostro se leía la incertidumbre respecto al futuro, pues el Belgica amenazaba con convertirse, al igual que el H. M. S. Terror, el Jeannette y el Erebus (tres famosos barcos que se extraviaron entre los años 1845 y 1879), en una nueva catástrofe. Tras soportar el hostil invierno antártico, los supervivientes pasaron unas segundas Navidades en donde estaban atrapados. Un par de meses después, intentaron serrar el hielo y abrir un canal de 700 metros de largo hasta un oasis de agua que asomó por un costado del barco. Fue inútil, porque el viento cerró la brecha de nuevo y la superficie volvió a congelarse.

Finalmente, el barco logró romper el hielo que lo había tenido prisionero durante un año largo y comenzó a navegar hacia el oeste, dentro de la banquisa a la deriva, por los canales que se iban abriendo. A las 2 de la tarde del 14 de marzo dejó atrás, por fin, el hielo marino. En el amanecer del 28 de marzo de 1899, el barco entró en Punta Arenas, y el 5 de noviembre de 1899 hizo lo propio en la desembocadura del río Escalda, ya muy cerca de Amberes (Bélgica).

A su llegada, un periodista acertó a describir al conjunto de hombres que asomaban por la cubierta como un grupo de “capitanes Hatteras de carne y hueso”, una mención al héroe de Julio Verne que en *Las aventuras del capitán Hatteras*, libro de 1866, regresa desquiciado del Polo Norte y pasa el resto de sus días internado en un psiquiátrico. De ese modo terminaba una de las mayores gestas de la historia de la exploración polar y, también, una extraordinaria aventura de ambición, locura y supervivencia. ●

Para saber más...

ENSAYO

SANCTON, JULIAN. *Un manicomio en el fin del mundo. La odisea del Belgica en la Antártida*. Madrid: Capitán Swing, 2023.

MONOGRAFÍA

CACHO GÓMEZ, JAVIER. *Héroes de la Antártida*. Madrid: Fórcola, 2019 (2017).

CLÁSICO

AMUNDSEN, ROALD. *Polo Sur*. Madrid: Interfolio, 2011.